

Si echamos un vistazo a las fronteras pocos podrían deducir que en los últimos 15 años ha avanzado la llamada unidad europea⁰. A primera vista resulta todo lo contrario: en la zona europea, la desintegración de la URSS ha dado vida a siete nuevos Estados independientes (la Federación Rusa, Bielorrusia, Ucrania, Moldavia, Estonia,

Aunque se han dado también otras experiencias, desde antiguo han predominado las que establecían el núcleo en la franja central de Europa¹. Es más, tras la caída de Imperio Napoleónico, a la que sucedió un largo período en que las relaciones internacionales europeas se rigieron por la dialéctica de bloques, las construcciones políticas de carácter

DE BISMARCK A KOHL: EL ETERNO RETORNO ALEMÁN

Letonia y Lituania); donde hasta hace muy poco convivieron sin el menor problema checos y eslovacos ahora existen dos formaciones estatales diferenciadas; en los Balcanes, cuatro de las seis repúblicas que habían formado hasta 1991 la Federación Yugoslava (Bosnia-Herzegovina, Croacia, Eslovenia y Macedonia) proclamaron su independencia, mientras las dos restantes (Servia y Montenegro) mantienen una federación que no ha sido reconocida internacionalmente. En total, catorce nuevos Estados en un territorio que, excluida la Federación Rusa, apenas supera la extensión de Perú o de Libia.

En contraste con esta auténtica desintegración de las formaciones estatales de la Europa oriental, incluida la propia URSS, el final de la guerra fría ha posibilitado la unificación alemana. Una Europa dividida en dos bloques con fronteras estables, con estructuras de integración económica y alianzas político-militares sólidas, cuya línea de fractura estaba precisamente en la partición de Alemania, ha visto cómo en pocos meses quedaba restaurada la unidad del centro y cómo el antiguo bloque oriental estallaba en pedazos.

1. Alemania, condenada a renacer

La historia de Europa enseña que, hasta el momento, sólo se han conocido dos grandes fórmulas para organizar la convivencia continental: la división en bloques y el Imperio. Al menos desde la partición del Imperio Romano, que había logrado unificar por primera vez la mayor parte de la geografía continental, y hasta nuestros días, las dinámicas del occidente y del oriente europeos han seguido trayectorias bien distintas, lo que ha posibilitado la formación de bloques a menudo antagónicos. Dejando a un lado pugnas como la que, en los albores de la Modernidad, condujo al reparto de Europa entre los reinos cristianos de occidente y el poderoso Imperio Otomano, cuya inercia ha persistido hasta hace menos de un siglo, es constatable que en la época contemporánea la existencia de bloques no ha sido un elemento extraño en la historia europea. Todo lo contrario.

Junto a la estructura de bloques, Europa ha conocido no pocos intentos de articular su territorio y sus poblaciones en el marco de Imperios de ámbito continental.

imperial han surgido siempre de Centroeuropa y, en particular, del área germánica². Paradójicamente, cuando en los últimos dos siglos ha estado vigente el modelo de bloques, el espacio centroeuropeo ha estado fragmentado y Alemania dividida o amputada.

Si avanzamos, comprobaremos que existe una constante en lo que se refiere al carácter de los bloques, que siempre expresan -o dicen expresar- un enfrentamiento ideológico, una pugna entre distintas cosmovisiones y formas de organizar la vida política, económica y social. Por su parte, los proyectos imperiales buscan siempre encarnar el espíritu europeo, elevar a categoría jurídico-política la esencia de Europa: para unos la razón, la libertad o la democracia, para otros la nación, la raza o la fe cristiana, para todos, sin duda, el interés por establecer la supremacía en el ámbito continental. Es también un hecho que la dialéctica de bloques ideológicos pocas veces ha provocado una guerra en la Europa contemporánea; todas las grandes guerras han sobrevenido por el empuje de los Imperios emergentes. Esto es algo que debemos tener muy presente a la hora de interpretar los conflictos actuales.

Veamos cómo en los últimos dos siglos se alternan uno y otro modelo. Tras la derrota de Napoleón, la lucha entre el liberalismo y la autocracia (si queremos, entre la burguesía y la nobleza) tomó cuerpo en los bloques que dominaron las relaciones internacionales europeas desde 1815 hasta 1870. Fue precisamente la primera unificación alemana la que puso fin a este modelo: el II Reich se convirtió pronto en el árbitro de la diplomacia europea, se incorporó a la carrera imperialista, buscó colonias para sustentar su desarrollo y estableció alianzas que pusieron en peligro los intereses de Inglaterra, la gran potencia mundial³. Como era previsible, esta expansión condujo a la guerra y, tras la derrota, vuelta a empezar. Alemania se convirtió en República, perdió importantes territorios, cedidos a Polonia, y quedó a merced

Julio PÉREZ SERRANO
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

de los vencedores, que no pocas veces agitaron el fantasma del peligro soviético para asegurar la sumisión del antiguo enemigo; lo mismo sucedió con el otro Imperio germánico, que tras la derrota quedó fragmentado en tres unidades (Checoslovaquia, Hungría y Austria) y vio

cómo la nueva Yugoslavia incorporaba las provincias meridionales del Imperio: Croacia, Eslovenia y Bosnia-Herzegovina.

El período denominado de entreguerras estuvo también marcado por la dialéctica de bloques. El cinturón sanitario que debía aislar a la Europa democrática del País de los Soviets sirvió durante algún tiempo también para mantener sujeta a Alemania, pero el impacto de la crisis del 29 aceleró las cosas y, en menos de cinco años la República de Weimar había parido al III Reich: el cinturón sanitario pasó a ser lo que, en el fondo, históricamente, siempre había deseado ser, la periferia autoritaria del nuevo Imperio alemán. El III Reich siguió los pasos del segundo, es decir, impuso su ley en las relaciones internacionales europeas, se reincorporó con vigor a la carrera imperialista, encontró colonias dentro y fuera de Europa y firmó acuerdos que, de nuevo, fueron considerados como una seria amenaza para el imperialismo norteamericano, que había sucedido de forma pactada al Imperio británico en el liderazgo del bloque. Así fue como llegó la guerra y como Alemania volvió a ser derrotada.

Lo acaecido después refleja un extraordinario paralelismo con lo sucedido en la primera postguerra. Alemania retornó al régimen republicano y no sólo cedió nuevos territorios a Polonia, sino que quedó dividida en dos formaciones estatales, en una de las cuales se instauró un régimen socialista integrado en el bloque soviético. La coartada de la amenaza del comunismo cobraba ahora, sin duda, una nueva y más inmediata vigencia. El resto de los territorios del Reich fueron repartidos de acuerdo, en líneas generales, con las fronteras establecidas en la primera postguerra y Yugoslavia volvió a consolidarse como el Estado-tapón que debía impedir, llegado el momento, la expansión alemana hacia los Balcanes, hacia las colonias interiores. De esta forma, la segunda postguerra, como la primera, reactivó en Europa la dialéctica de los bloques ideológicos, mucho más equilibrados territorialmente tras los acuerdos del Yalta y Potsdam. Este equilibrio ha posibilitado, en buena medida, más de cuatro décadas sin guerras en el escenario europeo, el período de paz más prolongado en la historia de nuestro continente.

¿Y el presente? Nuestro tiempo incorpora elementos ya conocidos en anteriores períodos en que ha tenido vigencia en el Viejo Continente la fórmula del Imperio:

- 1) se ha quebrado la dialéctica de bloques ideológicos antagónicos (en este caso, tras el hundimiento del Este);
- 2) se ha consumado con éxito un proceso de unificación territorial en el espacio germánico, y
- 3) se dice que la economía atraviesa una gran depresión.

Veamos cómo estas piezas se conjugan en 1870, 1933 y 1990.

1870-1918. Bismarck y el II Reich.

Para comprender las analogías habría que recordar que la primera unificación alemana, acaecida en 1870, fue el resultado del debilitamiento del entonces bloque oriental autocrático, formado por los Imperios austro-húngaro y zarista, cuya fortaleza durante las décadas anteriores había impedido a Prusia llevar a cabo su objetivo de constituir un Estado-nacional alemán en Centroeuropa. El equilibrio europeo estaba basado, precisamente, en la inmutabilidad de las fronteras diseñadas en el Congreso de Viena (1815). La rápida e incontestable victoria militar prusiana sobre el Imperio austro-húngaro en Sadowa (1866) es el más claro exponen-



te de la extrema fragilidad que ya entonces manifestaba el bloque oriental y, a la vez, del incontenible empuje del nuevo Reich emergente. Desde entonces, los Balcanes se convierten en el escenario de múltiples tensiones y conflictos que reflejan la penetración en la zona del capital y los intereses geoestratégicos alemanes.

Asimismo, a los pocos años de que Europa retornase al modelo imperial la economía inició un viraje crítico bautizado entonces como "gran depresión" (1873-1896). Sin embargo, fue este ciclo depresivo, cuyos efectos sufrieron muy duramente los trabajadores y las capas intermedias de la población, el que permitió a las grandes potencias capitalistas dar el salto al imperialismo y lanzarse a una lucha sin cuartel por el control de los mercados mundiales. Una crisis, en verdad, muy oportuna, pero que a la postre conducirá a la Primera Guerra Mundial.

1933-1945. Hitler y el Tercer Reich.

Por lo que respecta al segundo intento de articular la convivencia europea a partir de la fórmula del Imperio alemán, es

también fácil detectar la presencia de los elementos señalados. Sin embargo, en sus relaciones, conforman un cuadro parcialmente distinto. En efecto, en los años 30 fue una auténtica recesión la que posibilitó el ascenso del nazismo y, con éste, la proclamación del III Reich. Como lo había hecho antes, desde su constitución el nuevo Reich dirigió sus miras hacia la Europa centro-oriental y los Balcanes, donde promovió continuos enfrentamientos, fracturas y anexiones tendentes siempre a facilitar su penetración imperialista en la zona y a consolidar la función periférica que los estrategas nazis adjudicaron siempre a las poblaciones de la Europa oriental.



Aus *Titanic*,
Das endgültige
Satiremagazin

bloque aliado, tal vez decisivo para doblegar al III Reich.

1990. Kohl: ¿un nuevo Bismarck?

Conservando la unidad estructural, en la segunda mitad de los 80 las cosas han ocurrido de forma mucho más afín a como se produjeron en el último tercio del pasado siglo. En primer lugar, no se ha verificado el paso a un segundo plano de la contradicción entre bloques ideológicos, sino que hemos vivido la caída y total desarticulación del campo socialista, por lo que este factor ha dejado de existir por el momento en las relaciones internacionales; se restaura, por tanto, la situación existente antes de 1917. En segundo lugar, no ha sido una gran depresión la que ha impulsado el renacimiento alemán, dado que, como ya hemos señalado, no existe realmente tal depresión, sino una crisis oportuna análoga a la que en 1873 posibilitó la primera expansión imperialista⁴; en el mismo sentido, mucho nos tememos que, invirtiendo el orden de lo sucedido en los años 30, sea ahora la reunificación territorial -antaño promovida por el nazismo- la que

posibilite el resurgimiento de tendencias totalitarias, siguiendo el modelo de lo acaecido en Alemania a fines del XIX.

Por último, al igual que en 1870, ha sido la propia debilidad del bloque oriental -entonces autocrático, luego socialista- la que ha permitido a Alemania recuperar las bases materiales de su hegemonía y desplazar el polo de poder en las relaciones internacionales hacia Centroeuropa⁵. Es cierto que no ha sido necesario el uso de la fuerza, como en la primera unificación, pero no debemos infravalorar el enorme gasto que la RFA ha debido realizar para "comprar" la unidad. Austria cedió ante la artillería de von Moltke; para doblegar a la URSS y a los países del entorno han sido necesarias las generosas compensaciones del Bundesbank.

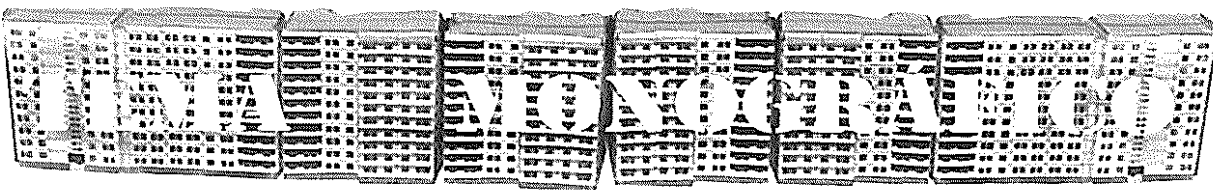
En resumen, podemos concluir que a fines de los años 80 el declive del socialismo soviético, motivado por factores de orden interior y exterior, hace desaparecer el juego de fuerzas que impedía la reunificación y, consiguientemente, la consolidación de Alemania como potencia mundial; el imperialismo norteamericano, consciente de la inevitabilidad de tal proceso, se esfuerza, como el alemán -y, en su ámbito, el japonés-, por situarse en las mejores condiciones de cara a un futuro enfrentamiento; para ello, todos aceleran el dismantelamiento de las onerosas estructuras del Estado del bienestar y con este fin consensúan el discurso de la gran recesión, que, aprovechando los efectos desmovilizadores de la caída del bloque socialista, les habrá de permitir arrebatar en poco tiempo a los trabajadores derechos sociales que habían tardado siglos en disfrutar.

El cuadro posee en verdad -como no podría ser de otra manera- matices propios, específicos de cada período histórico, pero tras un análisis detenido no es difícil percibir una profunda unidad estructural. Lamentablemente, en el horizonte flotan las mismas sombras.

2. Se restaura la arquitectura alemana.

Como ya hemos apuntado, las fronteras han cambiado mucho en poco tiempo. Pero, ¿estamos realmente ante un nuevo mapa de Europa? Nos proponemos aquí demostrar que no.

Hagamos un repaso a las modificaciones. Si exceptuamos la temprana secesión de Lituania, cuya proclamación unilateral de independencia tuvo lugar el 11 de marzo de 1990, la primera y más trascendente quiebra del mapa acordado en Yalta y Potsdam es, sin duda, la desaparición de la frontera interalemana en virtud del denominado "Tratado de Unificación" firmado el 3 de octubre del mismo año. Desde entonces, el ascenso irrefrenable del nacionalismo en todo el este europeo condujo a la desintegración en cadena de las tres antiguas federaciones socialistas: Yugoslavia, rota en el verano de 1991⁶, la URSS⁷ y, finalmente, Checoslovaquia, cuya división se hizo efectiva el 1 de enero de 1993, fecha en que entró en vigor la separación de las



repúblicas checa y eslovaca. Así, en menos de tres años el mapa de la Europa centro-oriental quedó hecho añicos.

Las nuevas fronteras resultan, sin embargo, excesivamente familiares. La anexión -disfrazada de unificación- de territorios alemanes, la peculiar fragmentación de Yugoslavia, la separación de checos y eslovacos, la independencia de las repúblicas bálticas, Bielorrusia y Ucrania... demasiadas pistas como para no reconocer la lógica interna de un mapa de Europa quizá prematuramente olvidado. Tanto las nuevas unidades territoriales como las formas y las justificaciones empleadas llegan a reproducir el pasado con un asombroso mimetismo que rara vez poseen los procesos históricos. Por más disparatado que pueda parecer, cabe afirmar que renace el diseño territorial y funcional que el III Reich logró imponer en Europa en torno a 1942.

Sin embargo, los más ingenuos ideólogos de Occidente creyeron -o desearon- ver en la llamada "unificación alemana" de 1990 el trascendental momento de la reconciliación. La restauración parcial de las fronteras alemanas, reconocida e incluso celebrada por los antaño vencedores, vendría a poner fin definitivamente a los odios que habrían conducido a Alemania a desencadenar la Segunda Guerra Mundial; sin duda, la nueva Alemania -pensaban- sabría recompensar a quienes con tanta generosidad, aunque con cierto retraso, habían decidido devolverle su soberanía. Hoy, cuatro años después, sigue vigente, con más vigor si cabe, la reivindicación de las fronteras de 1937 y es posible demostrar la implicación del gobierno alemán en los procesos secesionistas acaecidos en Europa desde 1990; procesos que han conducido, siguiendo la lógica inexorable del Imperio, a desatar y a extender la guerra en la antigua Yugoslavia.

Es un hecho que la política exterior de la nueva Alemania no reconoce acreedores ni cortapisas y que está muy lejos del idílico agradecimiento que algunos esperaban tras la "unificación". Es más, todo parece indicar que no sólo no se han enterrado de una vez y para siempre los fantasmas de la segunda gran guerra, sino que, como ya advertieran observadores tan dispares como Margaret Thatcher⁹ o el propio Erich Honecker⁹, se han restaurado demasiado pronto las condiciones que no hace tanto tiempo llevaron inexorablemente a la barbarie. Los fantasmas, de nuevo, recuerdan hasta qué punto es implacable la historia.

El 29 de septiembre de 1938 los participantes en la Conferencia de Munich pusieron las bases de lo que pronto sería la desaparición de Checoslovaquia. La prensa y los medios oficiales de toda Europa¹⁰ exaltaron hasta el paroxismo el precario acuerdo logrado con el Reich alemán, valorándolo ante la opinión pública como una base sólida para la futura paz universal. El cinismo alcanzó su más alta cota cuando el primer ministro británico, Neville Chamberlain, se dirigió a la multitud que lo aclamaba como uno de los salvadores de la paz mundial, con las siguientes palabras: "Desde el fondo

de mi corazón os doy las gracias, y os recomiendo que marchéis a vuestras casas y que durmáis tranquila y pacíficamente"¹¹. Antes de un año, Alemania había invadido Polonia y comenzaba una carnicería que costó la vida a casi sesenta millones de personas, muchas de las cuales dormirían tal vez tranquila y pacíficamente aquel 30 de septiembre de 1938.

Con la misma irresponsabilidad, al comenzar el año 1993 Europa contempló impasible la disolución pacífica de la federación checoslovaca, una vez eliminados los obstáculos derivados de su carácter socialista y de su pertenencia al bloque soviético. No la imaginación, sino una "gran fantasía", en palabras del propio Vaclav Havel¹², había llegado al poder en 1989; tanta que había logrado hacer olvidar a la ciudadanía las más elementales cuestiones.



Eso debió suceder a quienes el 14 de marzo de 1992 se concentraron en Bratislava para conmemorar el 53º aniversario del establecimiento del Estado eslovaco, ignorando que tal entidad territorial no fue más que un Estado-títere, resultado de la tradicional política pangermánica -ejecutada entonces por Hitler- de fragmentar políticamente su entorno a fin de facilitar la expansión del Reich. En verdad era necesaria una gran fantasía -y no pocas inyecciones de capital alemán- para reivindicar la triste memoria histórica de la Eslovaquia clerical-fascista del arzobispo Tiso. En 1990 Havel había resumido su ideario en una frase que encierra toda la fantasía, y también la gran ingenuidad, que dominó su discurso en los días de vino y gloria de la llamada "revolución de terciopelo": "El comunismo es una justificación para quitar la libertad". A mediados de 1992, la declaración de independencia de Eslovaquia dejaba claro ya que -parafraseando al propio Havel- en el fondo, la libertad había sido sólo una justificación para facilitar la partición del país.

No es extraño, en este contexto, que en la República Checa se alcen cada vez con mayor potencia voces que hablan de

intensificar las relaciones con la nueva Alemania, e incluso de buscar fórmulas aceleradas de integración en el espacio económico dominado por el marco, siguiendo el camino de empresas tan emblemáticas de la nacionalidad checa como la Skoda, englobada ya en el Grupo Volkswagen. Bohemia y Moravia parecen demandar de nuevo, como en 1939, la protección del vecino alemán y, lo que es aún más peligroso, éste no parece en absoluto reacio a prestársela¹³.

Mucho más terrible y expresivo es el caso yugoslavo. Recordemos que, pese a la adhesión del entonces regente Pablo al Pacto Tripartito suscrito por las potencias del Eje, en 1941 el Reich ya había decretado el fin de Yugoslavia como entidad estatal. Esta, en apariencia, inexplicable destrucción de un aliado no respondía, sin embargo, a la improvisación o al absurdo de una guerra que, dicho sea de paso, tuvo poco de absurdo y mucho de fría y rigurosa contabilidad. De hecho, el imperialismo alemán siempre había considerado indeseable la existencia de un Estado eslavo fuerte, primero Serbia y luego la propia Yugoslavia, que pudiese impedir su penetración en los Balcanes. No es casualidad, desde luego, que la Primera Guerra Mundial estallase formalmente por el contencioso bosnio entre la pequeña Serbia y los Imperios Centrales.

Hitler y el gran capital alemán habían concebido, desde antes de la segunda gran guerra, cómo dinamitar el escollo yugoslavo. Ejecutado un plan preconcebido, Alemania había estimulado y financiado en parte el ascenso del nacionalismo en las antiguas provincias del Imperio austro-húngaro, Croacia y Eslovenia. Por su cercanía, sus vínculos históricos, su religión católica y su tradicional enfrentamiento con Serbia, croatas y eslovenos eran los más permeables al mensaje nacionalista exaltado que se fabricaba en la Cancillería del Reich, un nacionalismo a la vez separatista y beligerante en lo que se refiere a Yugoslavia, pero dispuesto a integrarse sin la menor objeción en el "nuevo orden europeo" propugnado por los ideólogos nazis. El resultado de todo ello es bien conocido: Yugoslavia estalló, como estaba previsto, y en el territorio controlado por croatas y bosnios se asentó entre 1941 y 1944 el Estado croata de Ante Pavelic, un nuevo peón al dictado del Reich¹⁴. Eslovenia fue anexionada al núcleo del Imperio sin la menor protesta y los nacionalismos macedonio y kosovar, también estimulados por el Eje, posibilitaron la creación de un protectorado, la llamada "Gran Albania", bajo la tutela italiana. Serbia, aislada, dejó al fin de ser un problema y cayó, como Bohemia y Moravia, bajo el duro protectorado alemán. El camino estaba despejado.

Pues bien, como una mala pesadilla de la historia, medio siglo después de que el Ministro de Exteriores del Reich hiciera pública en Viena la creación del Estado independiente de Croacia y la anexión de Eslovenia, en diciembre de 1991 la Alemania unificada reconocía, de nuevo unilateralmente y contraviniendo la opinión de sus socios europeos, la independencia de Croacia y Eslovenia. Los intentos de

secesión en el sur no se hicieron esperar: en Macedonia, Bosnia y la región autónoma del Kósovo el nacionalismo de las más diversas cunas arreció, sumando fuerzas a la ya imparable dinámica desintegradora que había logrado adueñarse de Yugoslavia.

UNS GEFÄLLT DIESE WELT



Ante todo esto, los serbios han desempolvado el Plan Moljevic¹⁵, ahora Plan Milosevic, y combaten casa a casa y en los mismos lugares que hace 50 años para retener el mayor trozo posible del antiguo territorio yugoslavo. La guerra de Croacia y, luego, la de Bosnia son el resultado del choque violento entre las tendencias descritas: la desintegradora, impulsada por Alemania a través, principalmente, del gobierno satélite instalado en Zagreb, y la centrípeta, que tiene su centro en Belgrado e irradia sobre la autoproclamada República serbia de Krajina, en territorio croata, y sobre los serbios de Bosnia.

La autodenominada República Federal de Yugoslavia, trasunto de la Gran Serbia, ha heredado también de ésta todos sus trágicos y hasta cierto punto inevitables caracteres: el nacionalismo esencialista, la intolerancia religiosa, la falta de democracia, el recurso al empleo indiscriminado de la fuerza... No es extraño, por tanto, que los medios de comunicación occidentales hagan hincapié en estos aspectos para justificar las medidas de fuerza y el aislamiento internacional a que, desde 1991, ha estado sometida la federación servo-montenegrina¹⁶.

Sin embargo, en aras del mayor rigor en el análisis y sin ninguna pretensión apologética, es obligado reconocer que Serbia sabe, tal vez mejor que nadie, a lo que se enfrenta y hasta qué punto el empuje alemán puede llegar a ser devastador. Por dos veces se interpuso en su camino: la primera, en 1914-1918,

Servia vio morir al 25 por ciento de su población; la segunda, veinte años después, en la Segunda Guerra Mundial, Yugoslavia perdió 1.700.000 hombres. Por su parte, Alemania sabe que una Yugoslavia fuerte tenderá siempre a aliarse con Francia, como ocurrió en el período de entreguerras, o con EE.UU., como hizo durante la guerra fría, para frenar el avance alemán. De ahí el secular interés del Reich por dividir Yugoslavia en frágiles pedazos fáciles de engullir. Esta, y no el azar, es también la clave de la extraordinaria celeridad -una precipitación calculada- con que Alemania reconoció internacionalmente a las nuevas repúblicas. Al fin y al cabo nadie somete al consenso de los vecinos el reconocimiento de los propios hijos¹⁷.

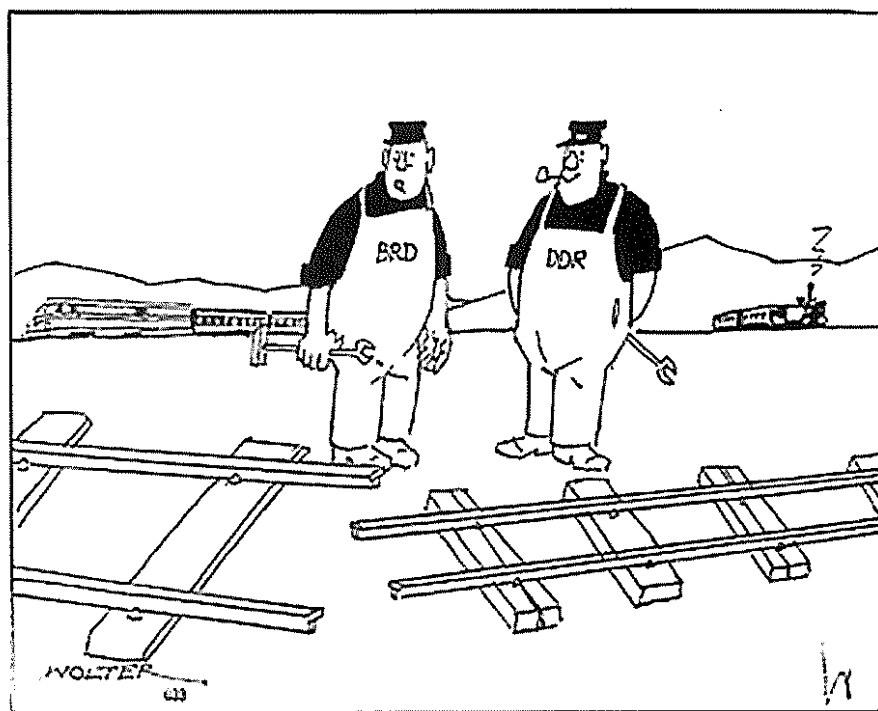
4. Vía libre al nuevo Anschluss.

Pero, el exponente más claro de esta vertiente restauradora que en el fondo tiene el final de la guerra fría se encuentra, sin duda, en la propia unificación alemana. Las bases ideológicas y jurídico-políticas que la sustentaron, así como las formas prácticas de su ejecución, dejan pocas dudas de que hemos asistido -tan felices como aquella muchedumbre londinense que en 1938 aclamaba a Chamberlain- al primer paso en el camino de la formación de un IV Reich¹⁸.

Y ello porque la nueva Alemania ni es un Estado plenamente democrático ni ha surgido de un verdadero proceso de unificación. El propio Tribunal Constitucional de la RFA declaró, en una polémica sentencia, que este Estado es jurídicamente el heredero del III Reich¹⁹. De puertas a fuera se argumentó que se trataba de un reforzamiento de la posición de la República Federal frente a la Alemania Democrática, que quedaría así cuestionada en su legitimidad histórica en pleno debate sobre la unificación. Sin embargo, internamente esta declaración pública no hacía más que expresar un sentir arraigado -más de lo que a menudo se reconoce- en el bloque dominante de la RFA. Un sentir explicable si tenemos en cuenta el hecho de que, ciertamente, en la Alemania controlada por los aliados occidentales no tuvo lugar una auténtica desnazificación, sino todo lo contrario: una absorción del complejo económico, político y militar del III Reich, que continuó así su particular cruzada contra el comunismo a la espera de tiempos mejores²⁰. La farsa representada en Nuremberg pretendió torpemente ocultar el hecho incuestionable de que la mayor parte de quienes habían hecho posible la barbarie del III Reich fueron reconvertidos, a menudo ocupando puestos de dirección, en las estructuras políticas y administrativas de la nueva RFA.

Contra lo que muchos pudieran pensar, la llamada "unidad alemana" de 1990 no fue realmente el resultado de un auténtico proceso de unificación. En efecto, pese al extraordinario despliegue publicitario que la acompañó, la firma del Tratado de Unidad (Einigungsvertrag) el 31 de agosto de 1991 no pretendía más que revestir de un aire igualitario y contractual a

una integración que ya, de hecho, se había producido una semana antes, cuando la Cámara del Pueblo de la RDA, dominada por los partidos satélites de Bonn, acordó por una amplísima mayoría la incorporación a la RFA a partir del 3 de octubre de 1991, haciendo uso del artículo 23 de la Ley Fundamental vigente en la Alemania occidental. De hecho, el Protocolo que acompaña al Tratado de Unidad reconoce que los acuerdos "se adoptan sin perjuicio de los derechos y responsabilidades de las Cuatro Potencias respecto a Berlín y Alemania en su conjunto". Es decir, el pomposo Tratado de Unidad ni siquiera poseía un respaldo jurídico claro, dado que quedaba supeditado a la cesión de soberanía por parte de las cuatro potencias vencedoras en la Segunda Guerra Mundial. Es muy revelador, en este sentido, que este Tratado para la galería no fue rubricado -como pudiera parecer lógico dado



el rango que se le pretendió dar- por las máximas autoridades de las dos Alemanias, sino por responsables de segunda fila, como el Ministro del Interior de la RFA, Wolfgang Schäuble, y Günther Krause, Subsecretario de la RDA.

Sí, el llamado Tratado de Unidad no fue sino la cortina de humo que impidió a la mayoría comprender que la Alemania del Este se incorporó a la Alemania del Oeste por una peculiar vía genuinamente centroeuropea que cuenta con una larga y poco venturosa historia: lo que los alemanes denominan Anschluss, o sea, "anexión". Fue esta original fórmula, a la que el III Reich dotó de una inusitada virtualidad, la que sirvió, por ejemplo, para fagocitar Austria en marzo de 1938, culminando una larga etapa de presiones, asesinatos y golpes de fuerza tendentes a doblegar las resistencias de la población austriaca. Aunque este procedimiento, sólo medio año después, volvería a ser usado para legitimar la

ocupación de los Sudetes, en la memoria histórica está asociado casi en exclusiva al caso austriaco. De ahí que suela identificarse el Anschluss con el vínculo austro-alemán, olvidando que el Anschluss no es una pieza del museo de los horrores, sino un eficaz instrumento reiteradamente empleado por el imperialismo alemán para extender las fronteras del Reich. Un instrumento que, medio siglo después, ha demostrado que goza de excelente salud.

Ya en entreguerras, la anexión de lo que, en el lenguaje pangermánico, se denominan "territorios alemanes" por medio de la simple adhesión de sus gobiernos permitió a los nazis llevar a cabo una política intervencionista en los asuntos internos de los países del entorno, tendente a favorecer la llegada al poder de organizaciones afines, proclives a la anexión. Esta peculiar vía quedó abierta también en la Ley Fundamental de la RFA, cuyo artículo 23 preveía que "en otras partes de Alemania [esta Ley Fundamental] será puesta en vigor después de su adhesión". No extraña, desde luego, el regocijo con que la derecha alemana acogió la idea de crear una Alemania capitalista en 1949. Las bases no podían ser más esperanzadoras.

El proceso que ha conducido a la desaparición de la RDA resulta, como decimos, paradigmático de lo que es el Anschluss. Desde que, a comienzos de los 80, el bloque soviético comenzó a dar muestras inequívocas de agotamiento, los gobernantes de la RFA aplicaron esta estrategia en sus relaciones con el otro Estado alemán. Primero se intentó que fuesen las propias autoridades del régimen socialista germano-oriental las que, atraídas por la prosperidad de Occidente, iniciaran el camino de la adhesión. Para favorecer el deshielo, ya en 1983 -con la esperanza puesta en las reformas propiciadas por Andropov- la RFA concedió a la RDA 1.000 millones de marcos en concepto de préstamo a bajo interés; idéntica cantidad volvió a ser entregada también al año siguiente.

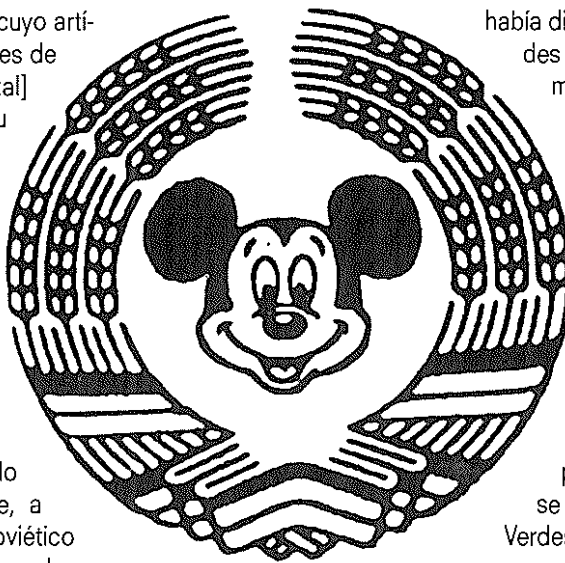
Sin embargo, como sucediera también con Austria, la negativa de los gobernantes de la RDA a avanzar hacia la integración convenció a los dirigentes occidentales de que era necesario intervenir para propiciar el relevo. Los marcos occidentales cambiaron de rumbo. Así, paralelamente a que cesaban las ayudas al régimen se intensificaban las relaciones con grupos y tendencias opositoras. Ya en los años 30 fue utilizada con éxito esta vía de estimular la actividad de organizaciones afines partidarias de la incorporación al Reich. Combinando hábilmente la propaganda y el terror, manipulaban el descontento popular hasta que finalmente

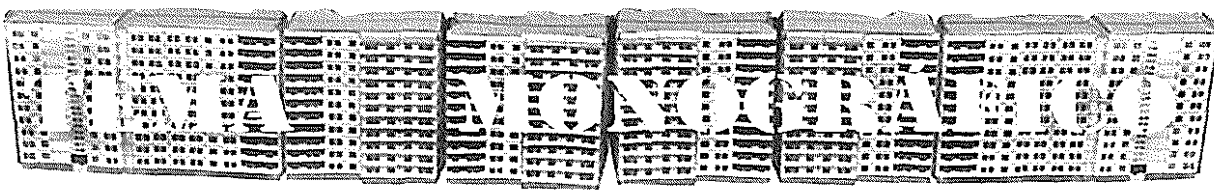
lograban acceder al gobierno y, desde ahí, solicitar la adhesión. En la segunda mitad de los 80 se ejecutó fielmente este esquema; sólo faltó el terror, pero la gravedad de la crisis del socialismo tampoco lo hacía necesario. La RFA, actuando ya como el embrión de un nuevo Reich, logró la anexión pacífica de los territorios codiciados.

Cinco meses después, el 25 de abril de 1990, en el transcurso de un acto electoral, el otro gran opositor al Anschluss desde dentro del sistema, el líder socialdemócrata Oskar Lafontaine, sufrió una cuchillada en el cuello que estuvo a punto de costarle la vida. La versión oficial, todavía menos creíble, responsabilizó del atentado a una demente y, sin que las cosas quedaran excesivamente claras, se puso fin a la investigación. Sin embargo, los hechos hablan por sí solos: antes de que finalizara el año, Lafontaine había dimitido de todas sus responsabilidades en el partido y en la fracción parlamentaria, y dejaba de ser el candidato socialdemócrata a la Cancillería Federal. Como en el caso anterior, quien le sucedió en los cargos, Björn Elgholm, representaba a la inmensa mayoría del SPD que, con Willy Brandt y Helmut Schmidt a la cabeza, era partidaria de no obstaculizar la absorción de la RDA.

Por último, los dirigentes del único partido parlamentario de la RFA que se había opuesto a la unificación, Los Verdes (Die Grünen), tampoco lograron escapar a su castigo. El 20 de octubre de 1992 Petra Kelly y su compañero, el antiguo general del ejército alemán y posteriormente destacado pacifista, Gerd Bastian, aparecieron muertos en su domicilio; una polémica e inconsistente versión oficial dictaminó que se trataba de un suicidio y, como en las otras ocasiones, el asunto fue archivado. Desde entonces, la moderación de Los Verdes, que han estrechado sus lazos con la socialdemocracia alemana, ha corrido paralela a su creciente pérdida de influencia electoral y social. El camino para futuras anexiones estaba despejado.

Pero para llevar a cabo este primer Anschluss, el bloque dominante en la RFA debió vencer también las resistencias internacionales. Los EE.UU., Francia, el Reino Unido y la URSS, por razones sólo en parte coincidentes, habían reafirmado hasta 1988 su voluntad de respetar las fronteras europeas y, por supuesto, ello era válido también para la división de Alemania. Contaban a su favor no sólo con la soberanía sustraída al Reich tras su rendición incondicional, sino con un buen número de soldados acantonados en las dos repúblicas alemanas; la guerra fría aportaba una excelente coartada para prolongar la ocupación. En estas condi-





ciones, el imperialismo alemán sabía que el camino de la unidad -que era también, estratégicamente, el camino del Imperio- no estaba supeditado, por más que se repitiese, al acuerdo entre los dos grandes bloques ideológicos, dado que ni uno ni otro estaban interesados en lo más mínimo por un eventual resurgimiento alemán. Había que esperar a que uno de ellos, el más débil, aflojase su control. Por supuesto, no esperar sin hacer nada, sino interviniendo activamente en las contradicciones del sistema más frágil; y ya a comienzos de los 80 era perceptible la crisis del modelo soviético.

5. Kohl y la diplomacia del marco.

Parece claro que la llegada de Helmut Kohl a la Cancillería Federal en 1982 representa la apuesta del imperialismo alemán por una política ofensiva en lo que se refiere a rentabilizar el previsible hundimiento del bloque del Este; del mismo modo que Ronald Reagan, elegido Presidente a finales de 1980, encarna la estrategia de convertir la caída del socialismo soviético en una victoria político-militar de los EE.UU. Los dos viejos Imperios no estaban dispuestos a dejarse sorprender.

Kohl trabajó, por tanto, desde un principio en sintonía con los aliados occidentales para acelerar la derrota del bloque socialista, pero en solitario en lo que se refiere a la "cuestión alemana". Ello explica que, paralelamente a que, en 1983-1984, permitía a la OTAN desplegar en su territorio misiles de alcance medio (Pershing II y Crucero) apuntando al Este europeo, concedía a la otra Alemania importantes cantidades de dinero -2.000 millones de marcos-, como muestra de la solidaridad interalemana.

De cara a la URSS, la política de la RFA experimentó un viraje importante a partir de 1988, cuando la perestroika comenzó a manifestar su incapacidad para renovar la sociedad socialista y empezó a verse como inminente el crack del sistema. Aunque las relaciones germano-soviéticas durante este período han quedado eclipsadas por las grandes declaraciones y la política de gestos que caracterizaron el diálogo EE.UU.-URSS en los últimos años de la guerra fría, la RFA no permaneció ni mucho menos impasible ante el derrumbe de quienes desde 1945 habían ocupado más de la mitad del territorio histórico de Alemania.

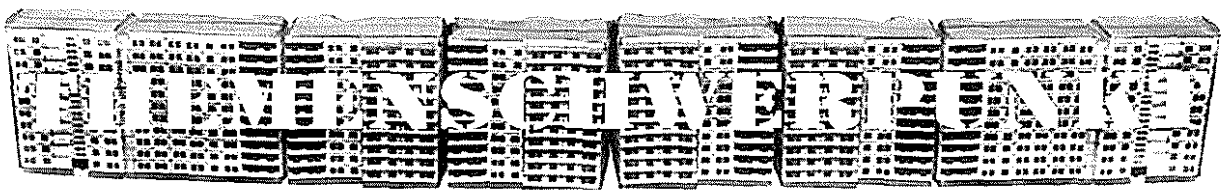
Así, justamente el 26 de octubre de ese año, en Moscú, Helmut Kohl expresará por primera vez en un foro internacional su voluntad de ir hacia la unidad de los alemanes; ocho meses después, en junio de 1989, aprovechando una declaración conjunta, Gorbachov aceptará la perspectiva de superar la división de Europa. Ante el hecho consumado, y tras un verano en el que la huida masiva de ciudadanos germano-orientales hacia Occidente había provocado una

grave crisis de legitimidad en la RDA, los EE.UU. hacen público su apoyo a la unificación de los dos Estados alemanes, limitándose a pedir que ello se lleve a cabo por medio de elecciones libres y pacíficas. Es sintomático, sin embargo, que sea el propio Presidente Bush, a través de su embajador en Bonn, Vernon Walters, quien tome la iniciativa sin una previa invitación alemana. Y es que Kohl sabía muy bien que, en los estertores de la guerra fría, era ya en el Este donde debía negociar el ensanchamiento de sus fronteras.

Para doblegar la resistencia del Kremlin y para asestar el golpe definitivo a la RDA, el imperialismo alemán no dudó en emplear hasta el último marco. Muchos saben, por ejemplo, que la crisis de los refugiados germano-orientales, la crisis que provocó el fin de la RDA, tuvo su origen en la apertura de la frontera de Hungría con Austria en mayo de 1989, dado que aportaba una vía legal y efectiva para acceder a Occidente. Pero muchos menos conocen que esta apertura fue financiada por la RFA, como contrapartida por la firma de un tratado económico desmedidamente ventajoso para Hungría. En cumplimiento de lo pactado, el 11 de septiembre el Gobierno húngaro, violando los más elementales principios del derecho internacional, abrió la frontera con Austria a ciudadanos de la RDA que carecían



de documentos válidos de viaje. Unos 50.000 ciudadanos germano-orientales pasaron, vía Austria, a la RFA, donde fueron generosamente tratados por el Gobierno de Bonn. La imagen de los campos de acogida de Bayern, una imagen que dio la vuelta al mundo, se convirtió en el más expresivo exponente del éxito de la política intervencionista de la RFA. En vano denunciaron las autoridades de la RDA²¹ éstas y otras presiones. Los días de la Alemania socialista estaban contados.



Sin embargo, lo más costoso fue convertir la apertura soviética al diálogo alemán en una cesión efectiva de soberanía. Las contradicciones internas del PCUS y la presencia en las más altas instancias del Estado de quienes, llevados por distintas motivaciones, consideraban peligrosa la unificación, obligaron al gobierno de la RFA a pagar un alto precio por cada medida que contribuyese a franquear el camino que conducía a la absorción de la RDA. Los fuertes incentivos económicos que Kohl había llevado a Moscú en octubre de 1989 habían arrancado de Gorbachov un compromiso para discutir sobre el problema alemán, pero sólo eso. Es más, antes de un mes la URSS se apresuró a firmar con Francia²², tradicional contrapeso alemán en el oeste, un paquete de 21 acuerdos que incluían la cooperación en el terreno militar y la defensa de la llamada "Casa común europea", antítesis de lo que pudiera ser un nuevo Reich.

Prueba de esta desconfianza es la firme negativa de la URSS a aceptar la desaparición de la frontera entre las dos Alemanias, expresada por el portavoz soviético, Guenadi Gerasimov, en respuesta a la demanda realizada por Kohl el 10 de noviembre de 1989, al día siguiente de la apertura del Muro. Había que continuar presionando. Con este fin, y dirigido principalmente a los alemanes orientales, Kohl lanzó el llamado "Plan de los Diez Puntos", que proponía por primera vez de manera oficial la unificación alemana, aunque en su concreción resultaba más un exhorto a la integración de la RDA en la RFA²³.

Fue, sin duda, este nuevo paso en solitario del Canciller Federal lo que obligó a Bush y Gorbachov a discutir por primera vez, cara a cara y como tema monográfico, el futuro de las dos Alemanias. La debilidad de la posición soviética, explicable por su avanzado deterioro, llevó a los EE.UU. a comprender que la desaparición de la frontera interalemana era inevitable. Es muy revelador que James Baker, entonces Secretario de Estado norteamericano, eligiese a Hans Modrow, Ministro-Presidente de la RDA, y no al propio Helmut Kohl, para hacerle saber que los EE.UU. querían participar en la construcción de la nueva arquitectura europea. El objetivo común era evitar el Anschluss que estaba implícito en el "Plan de los Diez Puntos". A la luz de los hechos, no parece injustificada la desconfianza estadounidense respecto a las auténticas intenciones de Bonn. Al fin y al cabo ambos imperialismos son viejos conocidos.

Pero, volviendo al tema central -la evolución de la postura soviética-, el momento decisivo fue quizás la visita de Kohl y Genscher a Moscú en febrero de 1990, en la que lograron arrancar, a cambio de cuantiosas compensaciones económicas, plenas garantías de que la URSS no obstaculizaría la unificación de los dos Estados alemanes; la única exigencia soviética era la neutralidad de la nueva Alemania, reiterada enérgicamente todavía entonces por el propio Gorbachov. En un último y patético intento de poner coto a lo que ya era una realidad incuestionable, el gobierno soviético respaldará las exigencias que, a finales de marzo, Modrow planteará al

gobierno de Bonn en el sentido de que la Alemania unida respetase los bienes de propiedad pública de la RDA. La victoria electoral de los partidos satélites de la RFA, agrupados en la "Alianza por Alemania", convirtió en papel mojado esta última e insólita "exigencia".

La farsa del diálogo entre las dos Alemanias había terminado. Lo demostró, entre otros, aunque sin saberlo, el Presidente del gobierno español, Felipe González, quien tras el triunfo electoral de la coalición conservadora en la RDA ni siquiera se dirigió a Lothar de Maizière, líder de la "Alianza por Alemania", sino que viajó apresuradamente a la RFA para felicitar a Helmut Kohl y mostrarle su más decidido apoyo a la unificación. En verdad Kohl era el auténtico vencedor de las elecciones, pero González se equivocaba, la unificación no necesitaba ya de su apoyo, puesto que se había consumado. El nombramiento, como ministro de Economía de la RDA, de un alemán occidental, Elmar Pierot, significaba de hecho la integración económica y política del territorio del Este en la RFA. Sólo faltaban los detalles técnicos y en poco tiempo estarían resueltos.

Controlado el nuevo gobierno de la RDA, la URSS sólo conservaba la baza de la soberanía, compartida con las otras tres potencias vencedoras en la Segunda Guerra Mundial, y el hecho objetivo de que contaba con una sólida estructura militar implantada en la Alemania del Este. Es demostrable que la URSS recibió importantes cantidades de dinero para asegurar su aceptación de las distintas medidas que culminaron con la firma, el 12 de septiembre de 1990, del "Tratado 2+4", por el que las cuatro potencias devolvían la soberanía a Alemania. A finales de junio, por ejemplo, diversos bancos alemanes concedieron a una URSS poco estable y menos solvente un crédito por valor de 5.000 millones de marcos, a un interés preferencial; una semana después la URSS proclamaba, en un tratado bilateral con la RFA, su apoyo sin reservas a la unificación de las dos Alemanias y, el 15 de julio, Gorbachov aceptaba la pertenencia de la Alemania unida a la OTAN, el último obstáculo presentado por Moscú.

En cuanto a la retirada de las tropas, para lograr el compromiso soviético la RFA debió indemnizar generosamente a la URSS por las descuidadas instalaciones que dejaba en el territorio de la RDA y, lo que resultaba aún más gravoso, asumir la financiación de la permanencia de las tropas soviéticas en Alemania hasta el verano de 1994, fecha fijada para la salida del último soldado soviético, así como los gastos derivados de la repatriación. El convenio germano-soviético firmado el 9 de octubre de 1990 estimaba en 13.000 millones de marcos la cantidad que la RFA debía entregar a la URSS por estos conceptos (casi un billón de pesetas al cambio actual). Finalmente, ya como postrer compensación, en el marco de la Conferencia-Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de la CSCE celebrada en noviembre de 1990, Gorbachov arrancó una última y casi simbólica cantidad, a cambio de respal-

dar las "cinco solemnes promesas" de Kohl en relación con el futuro de Europa: una "ayuda para el pueblo soviético", financiada privadamente, que en los tres primeros meses de su ejecución aportó a la URSS la suma de 150 millones de marcos y luego se desvaneció.

El balance cuadraba. Los costes, aunque muy elevados, habían permitido llevar a cabo la anexión con una celeridad que incluso desbordaba lo previsto en el polémico "Plan de los Diez Puntos". Además, las cantidades entregadas a Gorbachov, aunque importantes, no habían servido, dada la profunda anarquía del sistema, para evitar la desintegración, primero, del bloque y, posteriormente, de la propia URSS. Justamente lo que Alemania deseaba y para lo que, paralelamente, estaba trabajando.

6. Otra vez con el tigre al acecho.

Es evidente que la nueva Alemania es la auténtica ganadora de la guerra fría. Raras veces en la historia los acontecimientos se conjugan de tal modo que, pasado el tiempo, es posible restaurar tan fielmente las condiciones de partida. Sólo el hecho de que la guerra fría haya sido un paréntesis -tal vez excesivamente prolongado- en la pugna de los tres grandes polos imperialistas por la hegemonía mundial puede explicar la actual vigencia de los intereses y las motivaciones que condujeron a las dos últimas grandes guerras. En efecto, el miedo al comunismo facilitó el acercamiento de la derecha alemana, incluidos los propios nazis, al imperialismo norteamericano; por el mismo motivo, los aliados occidentales confiaron al antiguo aparato totalitario la reconstrucción de la Alemania capitalista. El ejército, la administración y la economía continuaron en manos de fervientes anticomunistas, comprometidos profundamente con el régimen anterior: no hubo desnazificación ni democratización. Es bien lógico, por tanto, que la nueva Alemania se sienta heredera del III Reich, dado que efectivamente lo es y por línea directa.

En las nuevas condiciones, quienes tradicionalmente se han visto perjudicados por el imperialismo alemán hacen esfuerzos para asegurar sus posiciones. Francia y Polonia se miran, aunque no lo reconocen, en el espejo de Serbia, la otra gran frontera histórica del Reich. De ahí que Mitterrand se apresurase a respaldar la utopía gorbachoviana de la "Casa común europea", pues veía en ella la posibilidad de crear una estructura destinada a impedir la anarquía que el imperialismo alemán introduce en las relaciones internacionales del continente.

Es, sin embargo, en este terreno, el de las fronteras alemanas, donde con más claridad se manifiesta el doble lengua-

je que caracteriza a la actual dirección de la Alemania unida. El cinismo, afirmar con rotundidad lo contrario de lo que se está haciendo, es quizá la nota dominante de la política exterior practicada por Kohl desde mediados de los 80. Recordemos que, para disipar los recelos de franceses y polacos, Kohl había asegurado en París en enero de 1990 que la unidad alemana en ningún caso variaría la frontera con Polonia. Sin embargo, sólo un mes después, reforzado por los grandes avances de su política respecto a la URSS y la RDA, aprovechó una visita a EE.UU. para dejar claro que Alemania no renunciaba a reivindicar las fronteras de 1937, es decir, que se atribuía derechos sobre la mitad de Polonia. Desde entonces, las protestas de polacos y franceses han obligado a las autoridades de Bonn a realizar reiterados pronunciamientos en el sentido de garantizar el respeto a la línea Oder-Neisse como frontera oriental de Alemania.

En el interior, sin embargo, el Tribunal Constitucional de la RFA ya había sentenciado en 1975 que los territorios al este de la línea Oder-Neisse, pese a los acuerdos suscritos tras



la guerra, no dejaban de pertenecer legalmente a Alemania, aunque se evitaría hacer de este principio pauta de la política exterior alemana. Kohl no había hecho sino expresar la posición oficial de su gobierno, aunque luego se viera obligado coyunturalmente a dar marcha atrás. Además, había conseguido que el resto de Europa, para conjurar el peligro, volviese a la "política de apaciguamiento" con Alemania: "ceder para no confrontar". Algunos no pudieron soportarlo, como el Ministro de Industria y Comercio británico, Nicholas Ridley, un conservador nada sospechoso de iluminado, quien dimitió tras denunciar la política europea de la RFA, comparándola con la de la Alemania nazi²⁴.

Hoy, pese al empeño francés, la Alemania unida no ha cumplido -ni tiene previsto hacerlo- lo prescrito en el artículo 146 de su propia Ley Fundamental: dotarse, una vez recuperada

Vestuario público en la playa de Rügen, RDA 1972

la unidad nacional, de una Constitución democrática "adoptada en libre decisión por todo el pueblo alemán". Es evidente que, para el bloque dominante en Alemania, en modo alguno es una prioridad elaborar una Constitución democrática, menos aún en la medida en que realmente no se considera consumado el proceso de la unidad alemana. Tal es la cruda verdad. Basta echar un vistazo al "Tratado 2+4" para constatar que la reiteración casi obsesiva con que aparece el asunto de la intangibilidad de las fronteras alemanas, no hace sino poner de manifiesto la escasa confianza de los firmantes en que las cosas vayan a ocurrir efectivamente así. No, tras el éxito del primer Anschluss, Alemania se reserva el derecho de volverlo a intentar. La vía del Anschluss sigue tácitamente abierta.

Un último rasgo sirve para detectar la naturaleza de este potencial IV Reich. Lejos de abrir un proceso constituyente de carácter democrático, la Alemania que fue incapaz de condenar a los criminales nazis ejerce ahora la acusación más feroz contra cualquiera que pudiera ser susceptible de ser relacionado

con el régimen socialista. En un proceso sin precedentes, los tribunales ordinarios condenan a ciudadanos de la Alemania oriental por "delitos" cometidos durante la guerra fría, delitos que no estaban tipificados en el Código Penal de la RDA y, en ocasiones, tampoco en la legislación de la RFA durante aquellos años. Las más delirantes acusaciones sirven para sentar en el banquillo a los antiguos dirigentes del SED, de los sindicatos, de la FDJ. En algunos casos, delitos políticos cometidos en los años 30, durante el III Reich, han servido para encarcelar a personas cuyo único crimen ha sido entregar la vida a la defensa de los trabajadores y a los ideales del socialismo.

Paralelamente a que se expulsa de la Universidad a profesores reconocidos internacionalmente -permítaseme afirmar que tengo constancia directa de ello-, se devuelven las tierras expropiadas por plebiscito popular en Sajonia y otros territorios de la Alemania oriental a sus antiguos propietarios, grandes terratenientes responsables de haber sostenido hasta el último momento el régimen nazi. No es casual que, en este contexto, sean homenajeados personajes como Werner von Braun, inventor de las bombas volantes V-2 que

cayeron sobre Londres durante la Segunda Guerra Mundial²⁶. Del violento resurgir del nazismo, la xenofobia y otras indeseables manifestaciones de la barbarie humana tenemos en la nueva Alemania múltiples ejemplos. Es evidente que ya no existen las tropas de ocupación ni las restricciones en la soberanía que, en otro tiempo, obstaculizaron el avance de las tendencias totalitarias en el ámbito institucional.

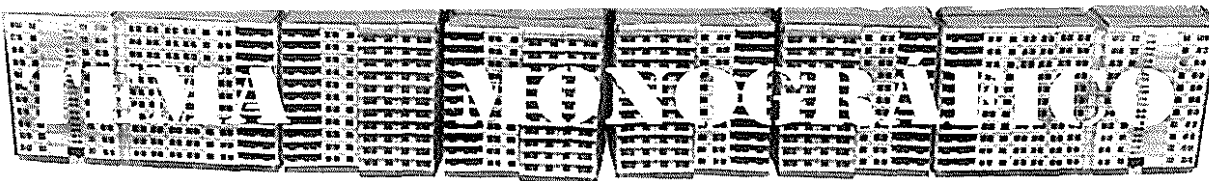
Pero los progresos de la ultraderecha en Alemania no sólo responden a la vigencia de una tradición política nunca erradicada, sino que cuentan también con una explicación objetiva. Los enormes gastos, directos e indirectos, que ha ocasionado la anexión de la RDA, así como la ayuda de todo tipo prestada a Croacia, Eslovenia, Eslovaquia o las repúblicas bálticas para propiciar su independencia, han obligado al gobierno de Kohl a asumir un déficit público difícil de soportar si no se incrementan los ingresos. Por su parte, el capital privado, que ha entendido sus aportes a la política intervencionista como una inversión de futuro, propicia el reforzamiento de las posiciones más duras en el seno de la coalición gobernante: hay que garantizar condiciones internas de estabilidad política y social que permitan la explotación, por las buenas o por las malas, de los territorios del este europeo.

Ante todo esto, cada vez con menor convicción, los socios de Alemania en la Unión Europea repiten el discurso europeísta diseñado durante la guerra fría para desgastar y dividir al bloque soviético. Creen que así podrán mantener controlado al nuevo Imperio, que éste se sentirá obligado a respetar las decisiones del conjunto y que será posible mantener las fronteras internas de Europa. Pero es un discurso obsoleto, a medio camino entre la utopía y la ceguera, que no es capaz de explicar, por ejemplo, por qué continúa la guerra en la ex-Yugoslavia o por qué hay cinco ministros fascistas en la Italia democrática.

El Tratado de Maastricht, como todo pacto, reflejó la correlación de fuerzas existente en Europa tras la unificación alemana. De un lado, el miedo de Francia a una Alemania plenamente soberana que diseñase en solitario su política europea; de otro, las exigencias alemanas en lo que se refiere a la centralización, a la estabilidad monetaria y a su propio liderazgo. En apariencia, todos cedieron. Alemania aceptó dar el paso hacia la unión política y Francia se vio obligada a reconocer la "especial responsabilidad" de la nueva Alemania en la construcción europea. En el fondo, hubo un único y gran vencedor: Kohl, quien, como Hitler en 1938, había logrado imponer su modelo de Europa, basado en las restricciones democráticas y en la dialéctica centro-periferia; los demás habían cedido, también como entonces, para salvaguardar la paz. Olvidaban, sin embargo, que ya cuando se firmó el Tratado había guerra en los Balcanes. Pero eso todavía a nadie le importaba.

J.P.S. 

julio.perez@uca.es



NOTAS

0. Este artículo ha sido publicado en *Trivium. Anuario de Estudios Humanísticos*, 8 (1996) pgs 113 -156. Por un lado, lamentamos el desfase temporal, por el otro pensamos que no le resta actualidad al artículo.

1. El Imperio Romano o el Sacro Imperio Romano Germánico, por ejemplo.

2. Vid. LOWE, J.: *The great powers, imperialism and the German problem, 1865-1925*. London, 1994.

3. Recientemente han visto la luz dos excelentes revisiones sobre la Alemania del II Reich: BERGHAIN, V. R.: *Imperial Germany, 1871-1914: economy, society, culture and politics*. Sandhills, 1994; MOMMSEN, W. J.: *Imperial Germany, 1867-1918: politics, culture and society in an authoritarian state*. London, 1995.

4. Para los amantes de las curiosidades provocadas por el azar (aunque ésta podría no ser tan azarosa), cabría apuntar que tanto la primera como esta última "gran depresión" se desencadenan justamente tres años después de que haya tenido lugar la unificación alemana respectiva.

5. Desde la unificación, Alemania ha vuelto a dirigir sus miras hacia la Europa centro-oriental y, en particular, hacia los Balcanes, en cuya actual guerra en absoluto carece, como luego veremos, de responsabilidad.

6. La proclamación unilateral de independencia de Croacia y Eslovenia tuvo lugar el 25 de junio de 1991; Macedonia adoptará la misma decisión el 8 de septiembre y Bosnia el 15 de octubre. La dimisión, en este último mes, del último presidente federal y el cese, en diciembre, del último presidente del gobierno federal pondrán fin al devenir histórico de la República Socialista Federativa de Yugoslavia.

7. Consumada la temprana secesión de Lituania (11-3-1990), seguida un año después por la proclamación de independencia de Georgia (9-4-1991) y Tadykistán (9-8-1991), las desvinculaciones se multiplican tras los sucesos de agosto de 1991: primero, las repúblicas bálticas; a continuación las eslavas; Moldavia y, finalmente, las asiáticas. Al finalizar agosto, sólo Armenia, Rusia, Turkmenia y Kazajstán no habrían proclamado oficialmente la independencia, aunque lo harían antes de finalizar el año. El 8 de diciembre, los presidentes de las tres grandes repúblicas eslavas -Ucrania, Rusia y Bielorrusia- decretarán extinta a federación. La URSS había dejado de existir.

8. Véase *El Mundo*, magazine, 10-11 de octubre de 1992, pp. 4-6.

9. En unas declaraciones realizadas el 12 de mayo de 1989 reafirma la idea de que la división de Alemania es el "punto principal de la paz en el corazón de Europa".

10. Excepto, quizá, la modesta y asediada República Española, los Estados Unidos, el País de los Soviets y, lógicamente, la propia Checoslovaquia, aunque todos por muy diversas razones.

11. Son palabras recogidas por la agencia Havas y difundidas por toda la prensa mundial. Véase, por ejemplo, *La Razón* (Buenos Aires), 30 de septiembre de 1938, p. 1.

12. En una entrevista concedida por el entonces Presidente de Checoslovaquia el 11 de mayo de 1990 y recogida en *Hechos*, 56 (1992), pp. 43-46.

13. Sobre todo esto puede verse MUSIL, J. (ed.): *The end of Czechoslovakia*. London, 1995, pp. 257-280.

14. Durante los tres años que duró, el Estado totalitario croata desplegó una salvaje persecución contra serbios, musulmanes, gitanos y judíos, dejando tras de sí un reguero de casi un millón de muertos (los nazis reconocieron 750.000 víctimas directas de estas "depuraciones").

15. Estrategia propuesta por el nacionalista serbio Stevan Moljevic en 1941 como alternativa a la desintegración de Yugoslavia. El plan consistía en crear una "Gran Servia", añadiendo al territorio nacional serbio ciudades croatas, como Dubrovnik, Zadar, Vukovar, Osijek, Pakrac, Vinkovci, etc..., y partes de Bosnia y Macedonia, la "Servia meridional".

16. En cuanto al entramado de intereses, es útil ver O'BALLANCE, E.: *Civil War in Bosnia, 1992-1994*. London, 1995.

17. Aunque esta responsabilidad no suele ser reconocida, Vid. LITTLE, A.: *Death of Yugoslavia*. West Drayton, 1995; BENNETT, Ch.: *Yugoslavia's bloody collapse: causes, course and consequences*. London, 1995.

18. Sobre este intenso debate, puede verse HAMALAINEN, P. K.: *Uniting Germany: actions and reactions*. Aldershot, 1994. Recordemos el cáustico artículo de G. Grass, "Don't reunify Germany", aparecido en *The New York Times* el 7 de enero de 1990, en el que consideraba que la política de anexión contenía "elementos irracionales y peligrosos".

19. Cfr. GARCÍA COTARELO, R.: "La República Federal de Alemania". En: LUCAS MURILLO, P. (comp.); *Sistemas políticos contemporáneos*. Barcelona, 1984, p. 200.

20. Véase, por ejemplo, CORNISH, P.: *British military planning for the defence of Germany, 1945-50*. London, 1995. También resulta ilustrativa la biografía de Adenauer, de SCHWARTZ, H.-P.: *Konrad Adenauer: a German politician and statesman in a period of war, revolution and reconstruction*, I. Sandhills, 1995.

21. Por ejemplo, el 5 de septiembre de 1989, en plena crisis, la Agencia oficial de la RDA hizo pública una nota expresando sus quejas por la acción de "determinadas fuerzas de la RFA que llevan a cabo una desenfadada campaña de acoso contra la RDA".

22. El tratado franco-soviético fue firmado por François Mitterrand y Mijail Gorbachov el 5 de julio de 1989.

23. Fue presentado en el Bundestag el 28 de noviembre de 1989.

24. En unas declaraciones realizadas el 14 de julio de 1990 al diario conservador *The Spectator* en las que llamaba "maldito" al Presidente del Bundesbank, Karl Otto Pöhl, y "truhanes" a los dirigentes alemanes por su pretensión de "adueñarse de toda Europa".

25. El Museo de la Tecnología de Berlín organizó el homenaje en septiembre de 1992.

